

MONSTRUOS Y DIOSSES

DEL FIN DEL MUNDO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total
ni parcialmente, sin el previo permiso escrito
del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Francisco Ortega, Félix Vega
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: junio, 2024

ISBN: 978-956-9957-36-9

Impreso en China

FRANCISCO ORTEGA · FÉLIX VEGA

MONSTRUOS Y DIOSSES

DEL FIN DEL MUNDO

minotauro

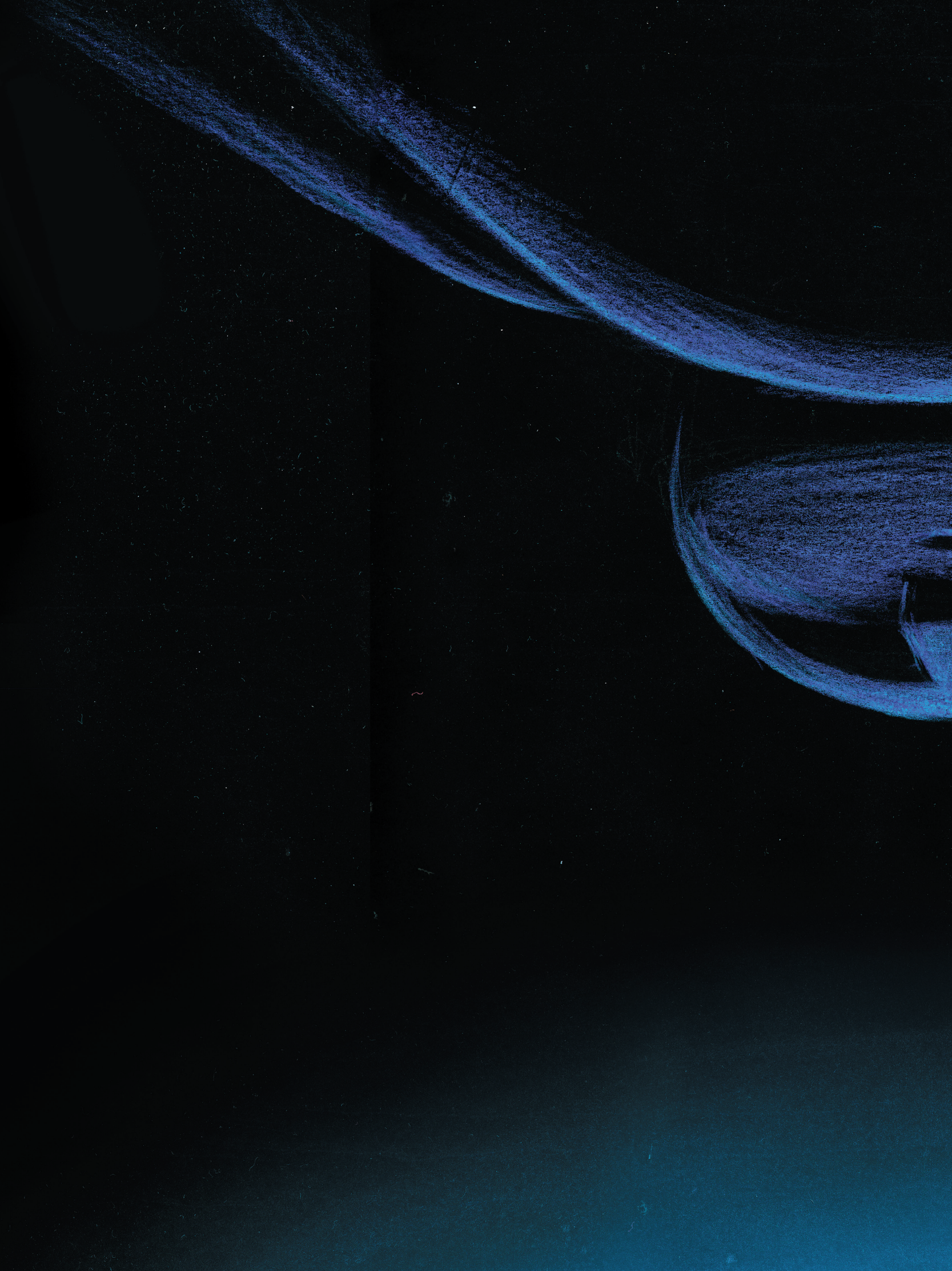
El monstruo, en cambio, pertenece a una especie diferente, privilegiada, con derechos propios y cánones particulares que excluyen los conceptos de belleza y fealdad como categorías tenues, ya que, en esencia, la monstruosidad es la culminación de ambas cualidades sintetizadas y exacerbadas hasta lo sublime.

José Donoso

*In a land of gods and monsters
I was an angel
Living in the garden of evil
Screwed up, scared
Doing anything that I needed
Shining like a fiery beacon...*

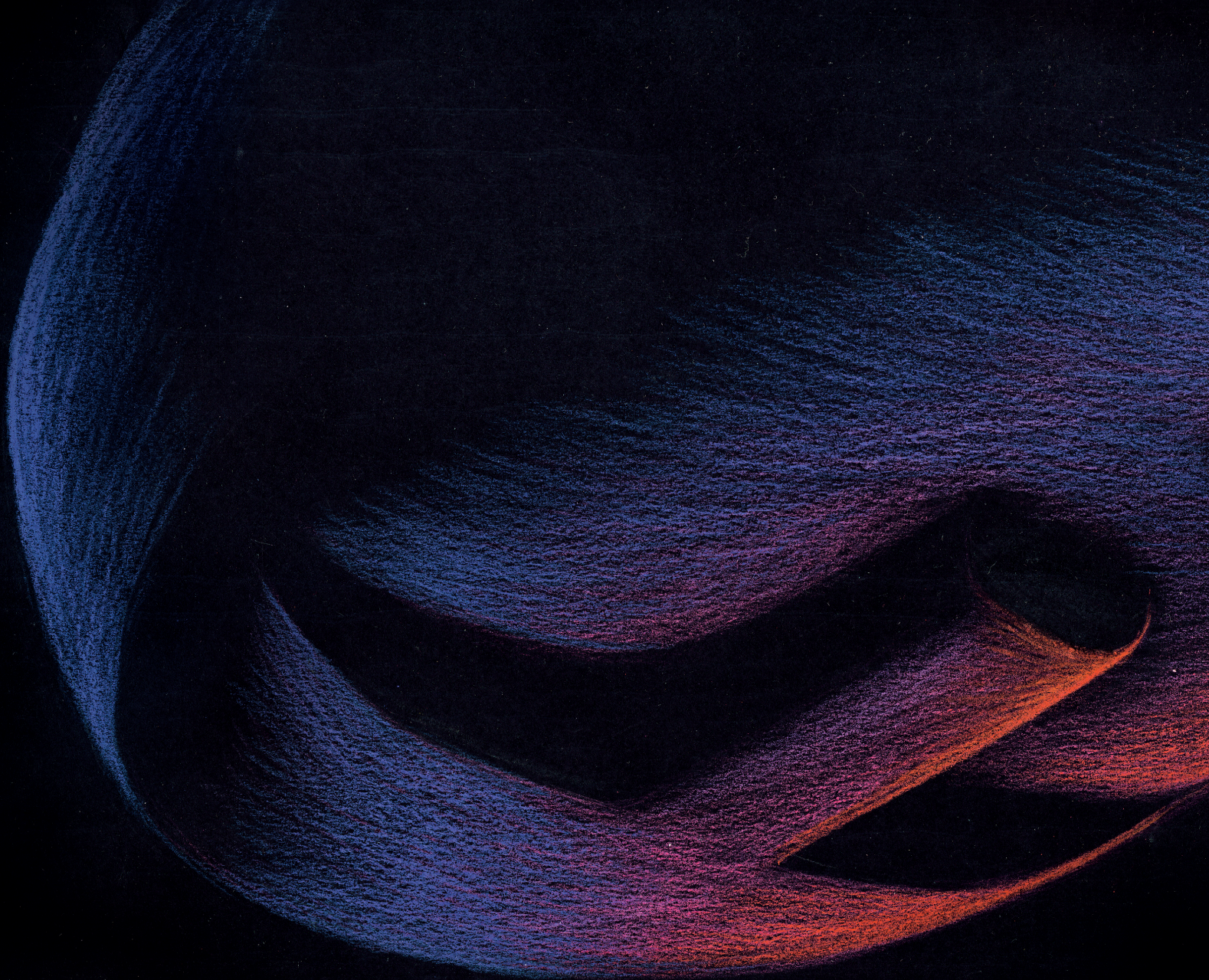
Lana del Rey

Y ASÍ COMIENZA

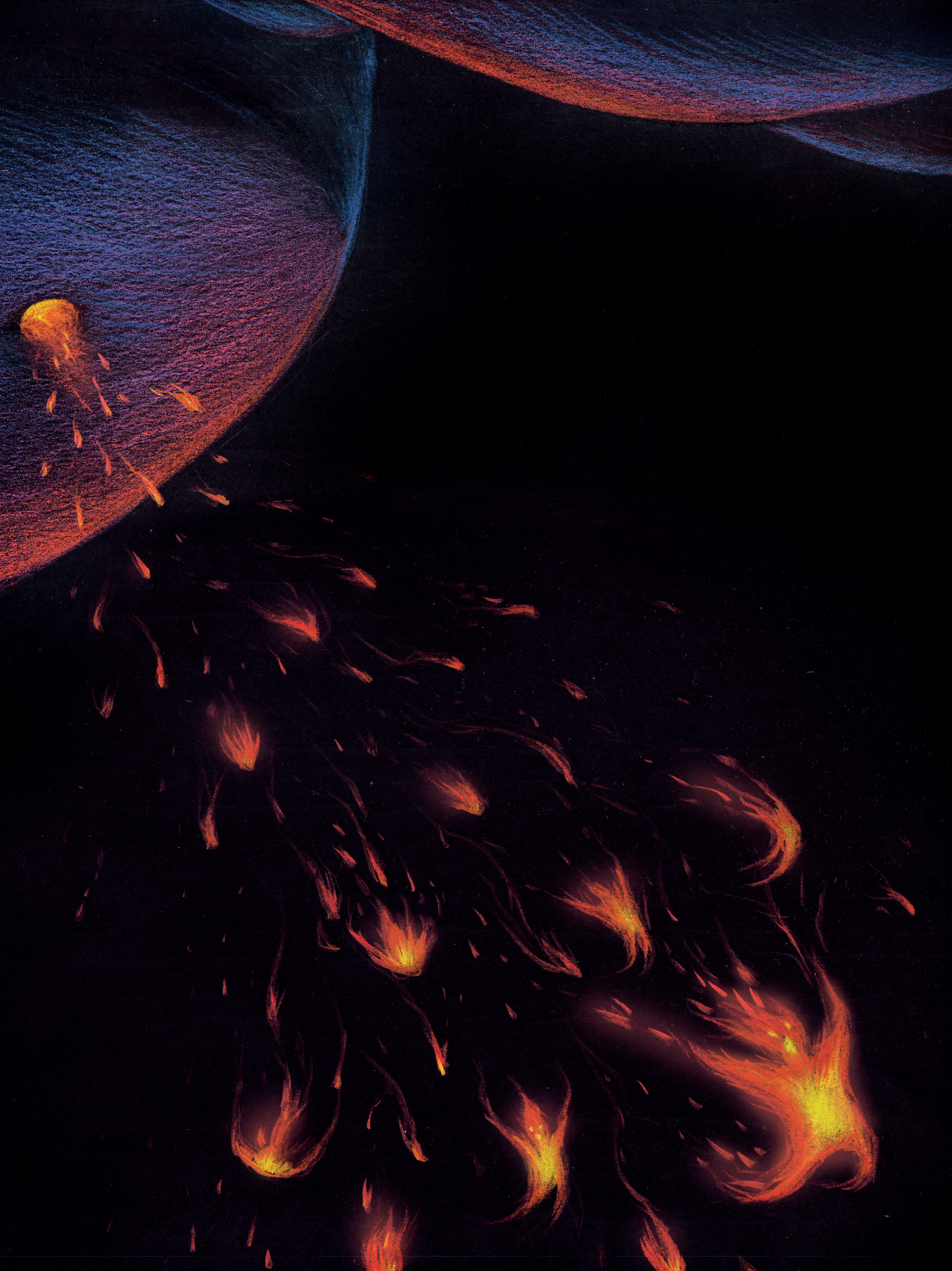




En el principio solo había caos. Y estaba Ngenechén, Madre Padre del cielo a quien también llamaban Wenumapu Chaw y Futa Chaw. Sobre el desorden, Ngenechén sentía la soledad de la nada.

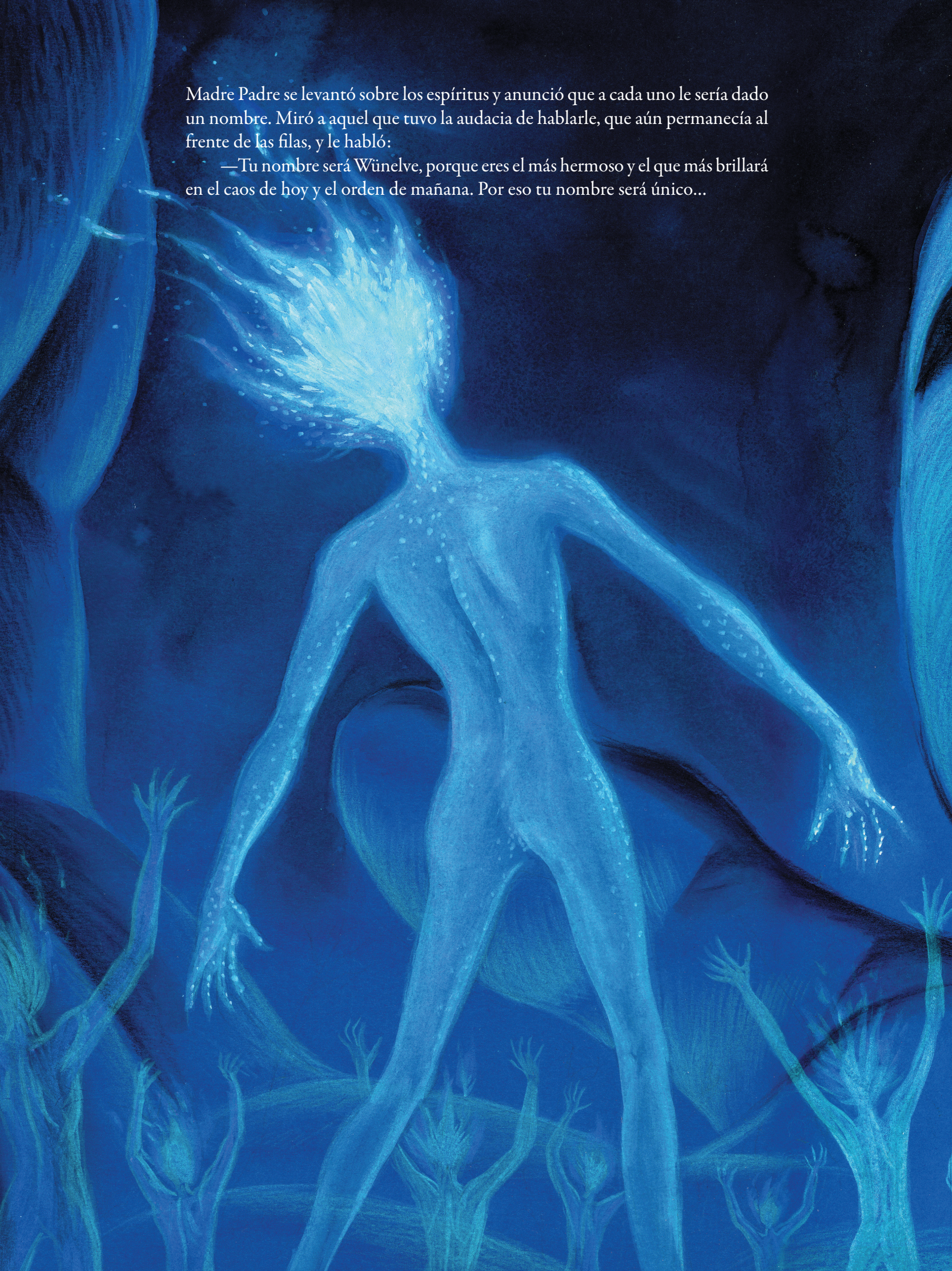


Entonces agarró un poco de ese caos primordial y exhaló su aliento sobre él. El soplo se transformó en chispas y de ellas brotaron los Ngen, espíritus menores que se inclinaron ante el creador ofreciendo su devoción y fidelidad. Ngenechén continuó soplando y los Ngen se multiplicaron hasta ser tantos como granos de arena.



Madre Padre se levantó sobre los espíritus y anunció que a cada uno le sería dado un nombre. Miró a aquel que tuvo la audacia de hablarle, que aún permanecía al frente de las filas, y le habló:

—Tu nombre será Wünelve, porque eres el más hermoso y el que más brillará en el caos de hoy y el orden de mañana. Por eso tu nombre será único...





Ante la mirada atónita de Wünelve, Ngenechén volvió a aspirar para crear chispas con su aliento, pero en esta ocasión no formó con ellas nuevos Ngen, sino que las tomó y las esparció por encima y bajo el disco del Meli Witran Mapu. De esa mezcla surgieron los cielos y la Tierra. Pero esta se hallaba vacía, cubierta por tinieblas.

El más hermoso de los Ngen sintió celos de lo que estaba viendo, pues aquello era más bello que los espíritus. Y al contemplar la felicidad en el rostro de su hacedor, sintió que ese fuego oscuro que ardía en su interior se convertía en rabia.

—Ngenechén nos ha olvidado.

—Es verdad —gritó el llamado Ngenvilú—. Cuando despertó ni siquiera vino a saludarnos.

—Para él solo somos servidores —reclamó otro Ngen.

—Ha creado algo nuevo, algo que ama más que a nosotros —los provocó Wünelve.

—¡Guíanos, Wünelve! —gritaron al unísono los demás—. Estamos contigo, hermano. ¿Qué debemos hacer?

—Le arrebataremos lo que ha creado y lo dejaremos para nosotros —respondió el más hermoso.

—¿Cómo haremos eso? —preguntaban algunos espíritus—. Ngenechén es más poderoso que nosotros.

—Y más grande... —agregaban otros.

—Pero nosotros somos muchos y Ngenechén está solo —voceó Wünelve—.

¡¡Nosotros mandaremos ahora!! —proclamó a sus hermanos.

—¡Lo derrotaremos! —se dijeron unos a otros.







Guiados por Wünelve, los espíritus rebeldes empuñaron sus lanzas y espadas de fuego y cercaron a Ngenechén. Desconfiado como era, ante la ira de Wünelve, Ngenvilú prefirió hacerse a un lado y se escondió tras una roca para observar.

Ngenechén se arrodilló para recibir el ataque. Con la mirada baja, sintió cómo las hojas y filos flamígeros se levantaban en su contra. Los espíritus buenos gritaron de horror. Sin embargo, antes de que la primera espada lo tocara, Ngenechén se levantó y, lanzando fuego por los ojos, desató todo su poder contra los seguidores de Wünelve. Madre Padre del cielo se alzó y escupió a los rebeldes. Alcanzados por su saliva todopoderosa, los cuerpos de los orgullosos se convirtieron en piedra. Y mientras se quejaban del dolor, los pisó con fuerza para lanzarlos al abismo. El aire se abrió y los Ngen petrificados cayeron hasta romper la bola primigenia que era entonces la Tierra.

Los caídos se desparramaron y se convirtieron en montañas. Aquellos que sobrevivieron fueron convertidos en fuego viviente por la mirada inflamada de Ngenechén, y quedaron atrapados entre sus pétreos compañeros, destinados a pasar el resto de su existencia en un inútil y desesperado intento por escapar. Como eran ígneos, a veces sus cuerpos reventaban y producían humo, llamas y explosiones que desde el corazón de las montañas dieron forma a los volcanes.

Esos malos espíritus fueron nombrados pillanes.

